BALCON



LO POSIBLE

Parece que los más espectaculares cambios políticos son impotentes para hacer de nuestras relaciones comerciales con Gran Bretaña otra cosa de lo que siempre han sido.

He aquí una línea en la que se puede obtener la unanimidad que en vano buscaríamos en cualquier otro rumbo de nuestra política. Se hermanan en ella Rivadavia y Rosas, Urquiza y Mitre, Roca y Pellegrini, Irigoyen y Uriburu, Justo y Perón.

Quede el hecho señalado nada más. Algo muy serio y muy mal estudiado, muy difícil de zanjar con superficialidades hueras, se manifiesta a través de esta impresionante lista.

Ni siquiera sobre el nuevo episodio queremos abrir juicio. Se integra en una trayectoria y sólo una apreciación cabal de la trayectoria permitiría aquilatar el episodio aislado.

Pero la lección de estos hechos no sólo en esa dirección es incitante.

Si ha habido cargo ejercitado sin descanso contra aquel sector de la vida nacional en cuyo ataque creyó encontrar la fuerza política gobernante la condición de su encumbramiento, ese cargo ha sido la orientación constante de nuestra historia económica.

Por cierto que con ese cargo se vinculaba uno mucho mayor. No la aceptación de realidades adversas sino la claudicación de la voluntad de superarlas —a la corta o a la larga— constituyó, cuando realmente ha existido, el verdadero pecado de aquellos perimidos equipos dirigentes.

Pero el empeñoso empirismo reinante, desdeñando distingos, entreveró el hecho con el propósito, con lo que toda aceptación de adversas realidades económicas se erigió en delito de lesa patria. Ahora cuando hoy se encuentra a su vez acatando obedientemente los hechos que lo superan, el oficialismo se ve en esta alternativa: o le alcanza el denuesto de que fué tan pródigo o —reconociendo que el acatamiento de los hechos y la voluntad de entrega son cosas muy distintas— reivindica la memoria de su adversario.

Pero he aquí que a la alternativa se pretende encontrar una tercera salida y así se nos quiere presentar al acuerdo comentado como un brillante éxito de las aspiraciones de recuperación económica.

La política es el arte de lo posible: hay posibilidades morales y posibilidades físicas. Puede ser que las posibilidades morales de la política no sean las mismas posibilidades de la moral individual, que no se rijan por el bien individual: pero al menos han de regirse por el bien útil, específico de la política aún en su acepción más estricta.

El gobierno puede físicamente decirnos que la gestión de la antigua clase dirigente fué una sucesión de claudicaciones ante el imperialismo foráneo. Moralmente, en moral individual, no es posible decirlo, porque en esos términos no es verdad. Posibilidad política quizá la haya pues es presumible la utilidad de la patraña. La operación comporta poco riesgo porque hay mucho interés y mucha pasión en juego que conspira para que la verdad del caso no salga a luz.

En cambio el gobierno tiene posibilidad física pero no posibilidad política de presentarnos como éxito su descalabro en el pacto comercial.

Le falta respaldo de hecho a su afirmación y, a la inversa del caso anterior, debe contar con una pasión vehemente de afirmación nacional que desentrañará de inmediato la verdad y la gritará sobre los tejados. Ninguna utilidad reportará la superchería.

Supuesto que la alternativa para negociar no existiera, acate en buena hora el político lo inevitable, pero trate de escabullir el bulto y no alardee de triunfos irrisorios.

No se llame nadie a engaño. En política no todo lo que físicamente se puede hacer es posible.

BALCÓN.

SUMARIO



POSIBILIDAD ACTUAL

Mi pretensión al ocuparme de la posibilidad actual de una poesía, se limita a plantear el problema de quien aspira a resolver en ella, esa angustia equitativamente repartida entre los habitantes del siglo XX.

La vocación, presentida en los claroscuros adolescentes, se perfila y se dilata hasta imponerse al corazón y a la inteligencia. Ese es el momento en que el poeta se pregunta cuál es su destino, mientras el milagro de la creación traspone la línea del asombro.

Suele ocurrir, que el arte reclama todas las energías. El poeta se encuentra conque en virtud de su palabra, puede un día liberar al mar de sus orillas. Y al siguiente, descubre que con su sangre y su dolor, debe alimentar los monstruos que habitan el agua salada.

Es el precio de un extraño culto. Es una secreta y novedosa forma de fetichismo. Y cautivado por sugestivos resplandores, ya está nuestro pobre poeta golpeando con su mano florida a la puerta del infierno.

Es ésta una historia vulgar. Trágicamente vulgar. El arte, que por esencia tiende al perfeccionamiento del alma, en cuanto la acerca a Dios por la belleza; conduce en las condiciones actuales a una verdadera desintegración moral.

Al meditar sobre la posibilidad actual de una poesía, he comprendido las dificultades que erizan el afán de un poeta.

Hoy en día es muy difícil serlo, y es muy difícil gobernar el rumbo de ese afán, porque el mundo de acero y de avaricia, apenas deja lugar a la hermosura.

Pero en cambio convida al heroísmo; invita a exaltar sobre la materia la alta Ley del Amor. Y por esa estrecha salida, se vislumbra la posibilidad de una poesía. Y algo más: la posibilidad de una poesía católica.

No vamos a insistir sobre cuanto se ha dicho respecto a la relación del arte y la religión. Pero bordeando las honduras filosóficas, vamos a insinuar el perfil de la cuestión para circunstanciarla luego en el tiempo y la tierra.

El romanticismo, vió crecer al poeta hasta convertirse en semidios de la sonoridad. Nosotros, contemplamos su angustia ante el dilema del ser o no ser, que el siglo plantea a todo movimiento de la inteligencia. Y si bien no cometeremos la torpeza de señalar un camino, cuya elección no es, por otra parte, patrimonio de la actividad artística, destacaremos en cambio la brillante perspectiva de una poesía católica, familiar, por lo demás, a la gloriosa literatura de nuestro idioma.

Al hablar de poesía católica, no entendemos designar bajo esa denominación a una poesía religiosa, que se califica así por el carácter sagrado de su objeto. Bien sabemos que puede hablarse del Paraíso con un sentido pagano de su esplendor; y que puede, en cambio, cantarse el amor, la rosa o la muerte, reconociendo la elevación de su linaje.

Lo católico, no es el tema, sino el espíritu conque se capta la realidad exterior, y que comunica una trascendencia especial a la creación artística.

Pero volvamos a nuestro poeta. Al encontrarse un primer libro de versos entre las manos, experimenta el deslumbramiento más desconcertante ante el nuevo mundo sensacional que se abre a sus ojos.

El deseo de la conquista le tiembla en los labios desordenadamente, y ese mundo en que el tacto confunde los colores, y la mirada percibe los sonidos, aparece, para la mayoría, como el más actual y verdadero de los mundos.

Sería vano, y quizás injusto, discutir a quienes se doblegan a semejante proceso, su perfecta consonancia con la época que vivimos. Pero también es falso afirmar que ellos han hecho suyo este tiempo, porque en verdad es a la inversa, y es el siglo de las formas fracturadas y los valores decadentes, quien se ha posesionado de sus pobres conquistadores.

Aquí comienza nuestra rebeldía.

Bien sabemos que huír del tiempo, significa una traición parecida al huír de un combate.

Cierto es que la poesía no se somete a una ubicación rigurosa en el drama moderno.

Pero nadie ignora que el hombre, cuyas manos tañen al par la lira ilustre, que acometen el trabajo de cada día, debe fatalmente enfrentarse con la tormenta.

El Parnaso ha dejado de ser inaccesible a los embates de la tierra. Vibra y padece como la más llana de las comarcas.

El combate se impone a la voluntad del poeta, y ya se ven, de regreso, los primeros derrotados.

Las manos heridas y los ojos ciegos de buscar una imposible unidad que no se halla en la carne ni en el crimen. Los primeros derrotados, han encontrado cuchillos ocultos bajo la arena del circo, y su creación se precipita por todas las pendientes hacia la desintegración del espíritu.

Pablo Neruda, tiene una palabra que decirnos. El amor fugitivo le inspira: "La Canción desesperada".

Su panorama tenebroso, no abre ni un resquicio a la esperanza.

"Ansiedad de piloto, furia de buzo ciego,
Turbia embriaguez de amor; todo en ti fué naufragio
En mi infancia de niebla mi alma alada y herida
Descubridor perdido, todo en ti fué naufragio!
Hice retroceder la muralla de sombra,
Anduve más allá del deseo y del acto.

Y más adelante:

"Era la sed y el hambre y tú fuiste la fruta
Era el duelo y las ruinas y tú fuiste el milagro
Ah mujer! no sé como pudiste contenerme
En la tierra de tu alma y en la cruz de tus brazos.
Mi deseo de ti, fué el más terrible y corto.
El más revuelto y ebrio, el más tirante y ávido.
Cementerio de besos, aún hay fuego en tus tumbas,
Aún arden racimos picoteados de pájaros".

Neruda se identifica con la tierra. Está cómodo, plegándose sobre ella o hundiéndole sus raíces para elevar un canto siniestro. Prisionero de su propio hermetismo, goza en patentizar el dolor y la miseria y, como un maestro, logra realidades que suelen parecerse a la crueldad.

La máxima dimensión de su verso, se logra en el goce sensual, en el despertar relaciones dormidas en el fondo de la conciencia.

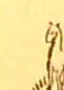
Su esclavitud, apenas le permite soslayar el cielo. Todo empieza y termina en los sentidos, rebelados contra la inteligencia.

Decía Santo Tomás: "Porque los órganos sensibles se encuentran principalmente en el rostro, por eso los animales tienen su cara dirigida a la tierra, como para buscar el alimento y lo necesario a la vida. El rostro del hombre, en cambio, está dirigido hacia arriba, a fin de que con sus sentidos, principalmente con el de la vista que es el más fino y el que nos muestra las mínimas particularidades de las cosas sensibles, el hombre puede percibir espontáneamente y sin impedimento, los fenómenos sensibles del cielo y de la tierra, por todos sus lados, y de este modo desentrañar de todos los datos sensibles la verdad inteligible".

Al oír hablar a Neruda sobre el amor, pensamos que su concepción sólo puede valer en el último límite de la destrucción humana.

Leamos ahora a Bernárdez y encontraremos en él, un sentido bien distinto de esa relación afectiva. El amor, capaz de trascender la decadencia de la carne para cifrarse en la diafanidad del espíritu.







CARTA AL

Publicamos la carta que el Dr. Marcelo Sánchez Sorondo ha dirigido al P. Meinvielle, a propósito del artículo "España-Argentina, solución del mundo" (V), aparecido en la última entrega de "Balcón" en que dicho padre examina una pura política de derecha. El P. Meinvielle ha prometido considerar con todo interés el contenido de la presente carta y darle desde estas mismas columnas la respuesta más cumplida. (N. de la R.).

Septiembre 21 de 1946.

Mi estimado Padre:

He leído su sagaz artículo que aparece en la última entrega de "Balcón", simultáneamente con la parte final de mi ensayo sobre el libro de Máximo Etchecopar. Y con cierta perplejidad me entero de que encaramos con criterios distintos, que no es decir opuestos, los mismos o casi los mismos temas. Supongo, pues, que esta discrepancia ha sido advertida por los lectores de la revista a quienes acaso no les habrá dejado de sorprender que de manera colateral, y como ignorándose la una a la otra, se formulen dos posiciones literalmente en disidencia.

Permítame ahora que, con particular respeto, le diga, que no me declaro responsable del procedimiento y que, por otra parte, no me hace feliz la perspectiva de que

DE UNA POESIA

Ni el tiempo que al pasar me repetía
Que no tendría fin mi desventura,
Será capaz, con su palabra pura,
De resistir la luz de mi alegría.

Ni el espacio que un día y otro día
Convertía distancia en amargura,
Me apartará de la persona pura,
Que se confunde con mi poesía.

Porque para el Amor, que se prolonga
Por encima de cada sepultura,
No existe tiempo donde el sol se ponga;

Porque para el Amor omnipotente,
Que todo lo transforma y transfigura,
No existe espacio que no esté presente.

No es difícil percibir en el soneto que antecede, un ademán que por su clásica belleza sostiene la dignidad de la poesía moderna. De una poesía que puede informarse de la inteligencia superando los matices sensacionales que suelen combinarse en el cuerpo del poeta.

Aquí no se habla de Dios ni de los ángeles.

Se habla del amor que nace y se realiza en la tierra. Pero la espiritualidad del hombre y su trascendencia sobrenatural están implícitas en la concepción de Bernández, y contribuyen a iluminar su creación.

No vamos a abundar en ejemplos, pero para determinar mejor la diferencia entre una inspiración y otra traemos a colación un poema de Borges cuya realización habilidosa y poética está al margen de lo que discutimos.

REMORDIMIENTO POR CUALQUIER DEFUNCIÓN

"Libre de la memoria y de la esperanza,
Ilimitado, abstracto, casi futuro,
El muerto no es un muerto: es la muerte.
Como el Dios de los místicos,
de quien deben negarse todos los predicados,
el muerto ubicuamente ajeno
no es sino la perdición y ausencia del mundo.
Todo se lo robamos,
no le dejamos ni un color, ni una sílaba:
aquí está el patio que ya no comparten sus ojos,
allí la acera donde acechó su esperanza".

"Hasta lo que pensamos
podría estar pensándolo él también;
nos hemos repartido como ladrones
el asombroso caudal de noches y días".

Hé aquí una imagen desconsoladora. La muerte, el sufrimiento que tan pronto cabe en la estrechez del patio o de la sílaba como reclama el "caudal de noches y días".

La poesía, no puede valorarse sino por su belleza. En ella está el fin del arte, y sería ridículo juzgar la creación literaria en función de su concordancia doctrinal con un Evangelio.

Bien persuadidos estamos de ello, y reconociendo que la especulación del poeta no debe necesariamente someterse a la Verdad, sostenemos que tampoco ésta, paraliza la creación, sino que en cambio la nutre y eleva.

Al insertar a continuación uno de los "Sonetos a Sophia" de Leopoldo Marechal no intentamos un juicio comparativo que carecería de sentido.

Elegimos a los representantes más calificados de dos tendencias para que pueda verse claramente que los elementos poéticos juegan en una u otra, de modo totalmente distinto.

El dolor de Borges, se queda en dolor. Genuino y hermoso. En Marechal, en cambio la elaboración es diferente. Sus lágrimas lo acercan a Dios.

SONETO DEL ADMIRABLE PESCADOR

Perdido manantial, llanto sonoro
Dilapidado ayer en la ribera
De la tribulación, ¡Quien me dijera
Que pesarías en balanza de oro!

Rumbo de hiel que todavía lloro,
Crucero sin honor y sin bandera,
¡Quien me diría que a la primavera
Del cielo caminaba tu decoro!

Y cuando recelosa y desvelada
Puesta en su mismo llanto la miraba,
Mi soledad entre dos noches iba,

¡Quién le dijera para su consuelo,
Que abajo estaba el pez en el anzuelo
Y el admirable Pescador arriba!

Ciertamente la posibilidad de una poesía católica, se demuestra por sus frutos, y podrían citarse muchos nombres, capaces de poblar de sangre y hermosura las páginas de una lírica cristiana.

Nos interesa además la actualidad de esta posición. Nuestro tiempo ha sido condenado desde todos los ángulos de su tremenda planicie. Pero nadie se niega a sus caprichos.

Renunciar a su halago puramente materialista, no implica, en modo alguno, renunciar al tiempo mismo.

Nuestro gesto es actual, porque no aspira a mudar de siglo, sino a mudar las perspectivas poéticas de este siglo.

Los modernismos, los subrealismos de toda especie, propensos por otra parte a la falsedad y el amaneramiento, pueden representar un aporte de recursos técnicos que estamos lejos de desechar.

Pero la pregunta llega sola hasta los labios: ¿Cómo puede afirmarse el triunfo de una poesía que se está poniendo vieja de revolverse en su propia incógnita? ¿Cómo puede orientarse hacia el triunfo un poeta sobre quien inciden tantas fuerzas subterráneas que es imposible discernir?

Su destino aparece condicionado por las circunstancias de cada día y en verdad, mueve a la misericordia contemplarlo como un neurótico desorbitado, buscando en todas las cosas la unidad inexplicable.

Frente al drama, el Evangelio mantiene unido su imperio luminoso. En él está resuelto el destino torturante y revelada la Ley para lograrlo. En su virtud se alzaron las catedrales del Medio Evo y surgieron en la diáfana atmósfera de Italia los cantos inmortales de la "Comedia".

La caída de un príncipe y el rescate de un mendigo forman la espina dorsal del cristianismo.

Estamos salvados en esperanza, y cuando el artista lo sabe, ordena sus afanes y utiliza su libertad para sumar una bandera a los pies de Dios.

El poeta gana su morada en la creación de cada día. La tarea es demasiado sublime como para que un mundo sin más razón que el pecado, pueda impedir su cumplimiento. De allí surge nuestra fe en la posibilidad actual de una poesía católica.

Si todos los caminos se cierran a la esperanza del tiempo, el Verdadero camino, permanece abierto hacia la esperanza de la Eternidad.

JORGE ADOLFO MAZZINGHI.






P. MEINVIELLE

queden así nuestros argumentos, tendidos en líneas paralelas, sin posibilidad de hallarse, sin definitiva síntesis. Hasta me siento en cierto sentido afectado, por aquello de que no *soy* yo quien se señala en disidencia y aun sospecho comprometida mi responsabilidad intelectual. ¿No juzga Vd., mi estimado Padre, desconcertante el efecto de esta discusión implícita, sin explícito debate? ¿No le parece a Vd. que esto podría fomentar inútiles equívocos?

Lo que menos puede exigir el lector a quien se le sirven criterios dispares es una referencia que fije el desacuerdo y permita, en materias opinables, la provechosa controversia. Sólo por esta consideración lamento que al exponer sus notables puntos de vista sobre "una pura política de derecha" no haya Vd. creído prudente concretar ninguna alusión al planteo desarrollado en mi trabajo, pese a que así lo reclamaba la propia novedad de los temas abordados.

En una palabra, temo que a expensas de la exacta inteligencia de nuestras respectivas posiciones estemos sofocando una ya necesaria dilucidación. Pienso, en consecuencia, que nos debemos mutuamente esta buena satisfacción. Y conste, para los lectores: no se trata de diferencias allá en el fondo fundamental donde hemos de coincidir, puesto que *soy* el primero en reconocer su ortodoxa autoridad. Se trata de planteos de forma, de sentido político e histórico a discriminar.

Suyo en Cristo.

Marcelo Sánchez Sorondo.

SOBERANIA DE AIRE

"Importantes funcionarios del " gobierno de los Estados Unidos " vinculados a la aviación inter- " nacional civil, irán a Londres " para tratar de resolver un con- " flicto básico". Así comienza un telegrama del 14 de septiembre, procedente de Washington, publicado por "Los Principios", de Córdoba. Esos funcionarios están "muy preocupados por la reciente política británica en materia de aviación internacional". Están preocupados razonablemente, desde el punto de vista de sus intereses imperialistas. Habían convenido con Gran Bretaña en el llamado "acuerdo de las Bermudas", una repartición equitativa de las ventajas del dominio del aire, que nadie podía discutir en sus aspectos capitales a los dos colosos cuya aviación, principalmente, estaba ganando la guerra. Pero ninguna de las dos potencias pensó entonces en que el aflojamiento debido a la guerra de la rígida tutela imperial iba a permitir en algún país colonial o semicolonial, crecimientos físicos y desarrollos de conciencia que obligaran a contar con él como realidad internacional.

Tal, sin embargo, ha sido el caso de la República Argentina. Hasta el número abril-junio de 1945, de la anglicísima "The Political Quarterly", nuestra patria era "un " caso ejemplar de país semicolo- " nial, esto es, de país nominal- " mente independiente que se en- " cuentra sin embargo trabado a " un estado intensamente indus- " trializado, a través de su econo- " mía; hasta tal punto esto es así " que la Argentina ha sido con " justicia llamada *el Sexto Domi- " nio*". La definición goteó de la pluma del Hon. o R. Hon. Norman MacKensie en su artículo "Argentina and Britain". No nos fastidiemos demasiado por estas apreciaciones de un filisteo de la City. Nuestros Muy Honorables Julio Roca y Miguel A. Cárcano admitieron textualmente ese colonialismo en 1933 el uno en Pau, ante un corresponsal norteamericano y el otro en Londres en la misma respuesta al insidioso y ofensivo discurso de recepción del príncipe de Gales. Y quien quiera acibararse y meditar sobre uno de los episodios de ese indignante trasfondo de nuestra diplomacia del tiempo de los liberales, que busque y consiga (si puede) el luminoso estudio, el insuperado estudio de Rodolfo y Julio Irazusta "La Argentina y El imperialismo británico", misteriosamente desaparecido de las librerías argentinas.

Mientras para Albion, por imperativos geográfico-económicos, la Argentina no era más que una porción del Imperio Británico, para "el gran país del Norte" dos ilusiones de terrible significado han gobernado su política continental: la manía protectoral, hecha sistema desde Monroe, y la convicción del "destino manifiesto" descaradamente expuesta al intervenir en la cuestión de límites entre la Guayana inglesa y Venezuela en 1895: "The United States is *practically sovereign* on this continent, and *its fiat* is law upon the subject to which confines its interposition". Para que no quepa duda que esa persuasión dirige incesantemente el espíritu de su política recordaremos que W. Howard Taft, vigésimo séptimo presidente de los U. S. A., para el período 1909-1913, afirmó: "The limits of the United States *virtually* extend to Tierra del Fuego". Así, adverbialmente mientras llega a serlo sustantivamente, la Argentina y toda la pequeña tropa de vástagos de la hispanidad en América, pertenece en forma incoercible al espacio vital norteamericano.

Una fisura se produce ahora en esa seguridad de dominio. La misión encabezada por el Dr. Enrique A. Ferreira, director de aviación civil, negoció en Londres hace pocos meses un convenio de aeronavegación en que la soberanía argentina era decisivamente admitida. El jefe de nuestra misión, universitario de Córdoba, había preparado la difícil gestión en ahondados estudios previos. La Colonia del Plata forma jurisperitos que no se sentirán cortos ante los negociadores del área de la libra o del dólar; la ciencia y la buena dialéctica valdrán por lo menos tanto como la astucia que comunica el hábito del mostrador. Pero al argentino no le escasean los datos tampoco sobre este nuevo campo de disputas que es el tráfico aéreo. Es casi seguro que no ignora nada de lo escrito, debatido y estatuído al respecto, incluso las conclusiones de la Conferencia Internacional de Aviación Civil celebrada en Chicago en 1944. Inglaterra encontró, pues, en la misión argentina junto a una versación molesta en el tema, un signo de la nueva conciencia con que nosotros deseamos abordar el tratamiento de los problemas que conciernen a nuestra prosperidad y a nuestra seguridad. El resultado fué que, si bien la misión Ferreira hizo concesiones razonables, dando, por ejemplo, preferencia a Inglaterra para la compra de materiales, logró que pasara a términos contractuales lo que ha comenzado a llamarse "doctrina Ferreira" y que favorece la posición de todos los países débiles.

Las admisiones inglesas fueron de inmediato alegadas por Francia y el Canadá, ya que se trata de principios del derecho aéreo. Norteamérica se las enrostra por eso, ahora, en la noticia que comentamos, a su cofirmante de las Bermudas, en un estilo que parecería significar: "me has echado a perder el negocio". Siguiendo una vieja costumbre el coloso del Norte no encuentra mejor manera de defender su hegemonía que sacando a relucir "la causa de la libertad". Efectivamente, hace algún tiempo ha empezado a esgrimir el argumento de que la Argentina es *cartelista* en su política aérea, mientras que ella, Norteamérica, defiende la libertad del aire.

Cartelismo, trusts, son las formas detestadas y nunca suficientemente combatidas del capitalismo. Norteamérica sabe lo que se hace lanzando esa acusación contra nosotros. Pero, ¿no es un golpe con demasiado "efecto"? A quién va a convencer de que la Argentina se ha convertido, de pronto, en algo que hasta ahora sólo era conocido en el mundo bajo siglas o rótulos o nombres propios sajones? Veamos lo que hay en esto.

Un artículo aparecido en "The Round Table", revista inglesa, número de marzo de 1945, bajo el título "After Chicago, Imperial interest in Civil Aviation", examina minuciosamente los resultados de las deliberaciones realizadas en la ya aludida Conferencia internacional. Un comentarista dice que allí se discutieron "cinco libertades, o mejor dicho, cinco *privilegios*":

1º El derecho de paso inocente de aparatos sobre un Estado.

2º El derecho de aterrizar por razones no relacionadas con el tráfico o puramente técnicas.

3º El derecho a dejar pasajeros y carga procedentes del país de origen de la aeronave.

4º El derecho a tomar pasajeros y carga para el país de origen de la aeronave, y

5º El derecho a tomar y dejar pasajeros y carga en los puntos intermedios.

Si se piensa lo que comporta el solo derecho de paso inocente se comprenderá que cualquier Estado haga de su admisión una cuestión de soberanía. Pues esta es la primera de las cinco *libertades* que interesaba obtener a Estados Unidos. El mito del panamericanismo, secundado por el temor y por el embeleco de seudo ideales o de promesas ciertas, logró que los países de hispanoamérica, con la única excepción de la Argentina y el Brasil, acordaran permitir la navegación aérea comercial sin restricción alguna por cinco años, como lo propusiera Norteamérica. Además, los primero y segundo derechos enunciados quedaron consagrados "ad referendum". Los derechos restantes fueron rechazados, con especial oposición de Inglaterra y los Dominios, porque su reconocimiento "implicaría dar a los Estados Unidos el monopolio de las rutas aéreas en todo el mundo".

Monopolio es lo que todos pueden ver, por consiguiente, en la libertad que trata de legalizar Estados Unidos. Pero ellos siguen machacando sobre su fórmula. En el telegrama que comentamos se hace breve historia del asunto y se dice: "El conflicto se hizo público en la Conferencia de aviación de Chicago de 1944 donde los británicos impidieron la aceptación general de las cinco libertades aéreas propuestas por los delegados de Estados Unidos. De haber prevalecido nuestra política, *hubiera sido un hecho la libertad mundial del transporte aéreo* comparable a la libertad de los mares". Enseguida imputa el fiasco al mismo Departamento de Estado. "Nunca apoyó el acuerdo con vigor suficiente como para que fuera aceptado aun entre *los países latinoamericanos que actualmente siguen nuestra dirección en materia de política comercial*".

La acusación contra Inglaterra es formulada así: "La dificultad inmediata radica en un acuerdo que los británicos hicieron con la Argentina, que incorpora ciertas restricciones incompatibles con el acuerdo de Bermudas. Las líneas aéreas británicas a Sud América necesitaban tan *desesperadamente* una base (lo que hay es que Inglaterra temía la absorción total del área americana por las "libertades" de su socia), que permitieron que el gobierno argentino especificara términos que si fueran generalmente adoptados, *entorpecerían mucho* la aviación norteamericana en Latino América".

Ya puede comprenderse lo que hay detrás de la libertad tal como la concibe el megaterio del Norte. Es el régimen, el medio necesario para el desarrollo ilimitado de su "efficiency". Todo límite, toda norma jurídica, todo principio con que se quiera asegurar el derecho a vivir de naciones menos fuertes, menos grandes, menos eficientes, es un ataque a la Libertad, al reinado de la libertad liberal. Para discernir bien la peculiar noción del derecho que predomina en aquel país debe recordarse que allí se sigue teniendo por dogma la hipótesis darwiniana de la lucha por la existencia y su corolario relativo a la supervivencia de los más aptos. El "destino manifiesto" encontró en esas opiniones científicas un justificativo biológico y una filosofía.

En estos días otra misión, encabezada por el Dr. Ferreira, trata directamente en Washington de llegar a un acuerdo que armonice las necesidades y conveniencias de los dos países. Nuestra posición está robustecida con los precedentes ya sentados en Londres y con el éxito alcanzado por la doctrina Ferreira en Méjico y otras partes, como hemos dicho. El telegrama que comentamos traduce, fuera de duda, la sorpresa y el desagrado con que expertos y políticos están considerando la situación creada a Estados Unidos en el importantísimo terreno del derecho aéreo, tanto por la habilidad de nuestros representantes como por la evidente armonía de puntos de vista e intereses que los demás países vienen poniendo de manifiesto frente a ellos. Y podemos deducir que esto último es lo que explica que llamen a la política aérea argentina política cartelista, cuando a lo más podrían denominarlo concordia de nacionalismos.

R. Martínez Espinosa






CONSECUENCIA Y OBSECUENCIA

Una vez más la Argentina ha celebrado un convenio comercial con Gran Bretaña y una vez más se ha ratificado la trayectoria monótonamente rectilínea de nuestras relaciones.

No haya queja de ello, el mundo es así. La infalible avidez que ha guiado siempre a Albión en la forja de su imperio ha jugado nuevamente. Sobre la estructura que esa avidez insaciable cimentaba se ha levantado el maravilloso lujo de Occidente que ha sido la cultura inglesa. La misma avidez sin floración hubiera sido, sí, mal irremisible. Una gran creación cultural emergiendo de muchas opresiones es nuestro modesto bien humano.

No censuramos pues en este nuevo despojo, ni siquiera que quien lo consuma lo adobe con los habituales ropajes de equidad, respeto, tradicional amistad, etc.

Pero frente a esa multiforme voluntad de poder encontramos una voluntad de signo contrario.

Nuestros gigantes diarios mañaneros han arremetido sin descanso en tono airado o doctrinal contra todos los actos del gobierno. Sólo dos se han librado de la impugnación, días pasados la aprobación de las actas de Chapultepec, ahora el pacto comercial inglés.

Las razones de "La Nación" son más burdas: es equitativo pagar a los ferrocarriles lo que no producen ni valen y no cobrar por la carne su precio potencial a cambio de que no se nos deje disponer de nuestro dinero. Las razones de "La Prensa" (a última hora parece que también a "La Nación" le gustó la cosa) son más sutiles: la Argentina puede hacer sacrificios en divisas, carne y ferrocarriles porque Gran Bretaña tiese el excelso e ilimitado crédito ante la humanidad de su heroica defensa frente a la barbarie nazi.

En ambos casos el sustrato es el mismo: la complicidad de quien soporta el poder en la mentira del que lo ejerce, el gusto abyecto de la capitulación de que hablaba Péguy, la moral de esclavos frente a la moral de señores.

No su dominio, no su ejercicio frío e insaciable. Que el dominio haya producido ese linaje de floración vernácula con la misma fatalidad con que la ley de la gravedad hace caer los cuerpos, esto es en última instancia lo que no podemos perdonar a Gran Bretaña.

ECONOMIA SIN RUMBO

Cuando se observa la espectacular preocupación que muestra, o mostraba, el gobierno por el proceso inflatorio —consecuencia de una situación internacional que no hemos buscado—, llama la atención que el Poder Ejecutivo no haya percibido las grandes ventajas que también surgen de ese proceso. Decir esto, tan opuesto de todo lo que se oye, no se hace en el deseo de ensayar teorías extravagantes, ni mucho menos. Salta a la vista del más modesto observador de los hechos económicos y en un plano más amplio de los fenómenos sociológicos, que lo que ha significado la guerra para revelar aptitudes personales y nacionales, es algo que en tiempos de los llamados normales ni la acción oficial ni la iniciativa individual hubieran logrado realizar en el transcurso de medio siglo en favor de nuestro país.

El argentino ha demostrado ser remolón. Responde, eso sí, cuando es acuciado; pero por propia determinación es difícil que asuma la tarea de iniciar fundamentales transformaciones políticas o económicas. Si bien es cierto que en lo sustancial la nación siempre ha reaccionado, y en buena forma, cuando algún motivo serio ha podido afectar su personalidad política o su estabilidad económica, también es verdad que por lo general ha necesitado verdaderos estimulantes o grandes empujones para dar el primer paso y avanzar en su camino. Las dos guerras mundiales y particularmente las consecuencias secundarias de la última, han tenido por resultado crear, dentro de esa modalidad, las condiciones necesarias para sacar a luz y destacar energías nacionales latentes pero ocultas. La presión de las múltiples circunstancias derivadas de los conflictos internacionales, parece que hubieran inyectado a la fuerza, en el terreno estrictamente económico, un vigoroso espíritu de iniciativa, una vitalidad y una vocación por la empresa hasta hace poco prácticamente ausentes en las juventudes argentinas. Las situaciones de hecho originadas por la falta de suministros y las posibilidades que se abrieron a la actividad local por esas causas, hicieron posible que la Argentina transformase en escasos seis años su tradicional estructura económica, hasta hace poco casi totalmente agrícola ganadera, por otra mucho más perfeccionada y avanzadamente manufacturera.

La necesidad y el interés obligan más que las mejores enseñanzas y teorías. Si las dos últimas generaciones vivieron un modo de economía estática o de muy poca iniciativa, ello se debe a las peculiares condiciones del ambiente social y político en que actuaron. La destrucción de esa forma de vida o del asiento económico tradicional en que se apoyaba, forzosamente tenía que impulsar a la generación actual hacia la lucha, la actividad y la empresa. Por eso, el puesto público y las profesiones liberales, suprema aspiración hasta hace poco de todo joven que se iniciaba, cualquiera fuese su condición social, empezaron a tentarle cada vez menos. El argentino ve hoy nuevos horizontes, tiene otras inquietudes, mejor dicho empieza a tener nuevamente inquietudes, y desea liberarse de esa ley psicológica y económica que le hacía caer fatalmente en la burocracia.

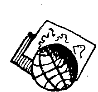
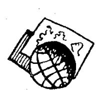
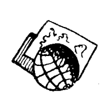
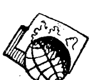
La actividad productora, haciendo una justa excepción para la ganadería, estaba hasta hace unos treinta años, y tal vez menos, prácticamente en su totalidad en manos de extranjeros, o cuando mucho de nativos de primera generación. La industria y el comercio, esto es, la empresa no atraían a la gran masa de argentinos que con el puesto público o el trabajo en relación de dependencia satisfacían sus escasas o ausentes ambiciones. El empleo, la pequeña política y los títulos universitarios eran más que suficientes para cubrir sus necesidades y hasta para hacer la carrera de los honores y de los altos cargos públicos. Las contadas excepciones en este panorama general de la vida nacional, no eran bastantes para borrar su fisonomía.

Esta forma de economía estática, pasiva, expresándose ya como una formación mental colectiva abarcaba desde el modesto burócrata hasta el gran terrateniente, que casi sin excepción se limitaba a ubicar sus capitales en inmuebles de renta, o en cédulas hipotecarias que al tipo de cotización de no hace mucho, le daban intereses superiores al 6 %. La inversión perezosa fué la regla, la norma común a que se sometía casi sin excepción el capital vernáculo. El argentino propiamente dicho puede decirse que en general carecía de vitalidad económica, o por lo menos la facilidad en que se desarrollaba su forma de vida y cubría sus necesidades, habían adormecido su espíritu de empresa. La economía que llamaremos dinámica; la que actúa en la zona de la producción, de la industria, de la banca, el transporte y los negocios, ante la vacancia del argentino, fué invadida por el extranjero en todos los órdenes y categorías; tanto por el inmigrante sin más capital que su salud, su empuje y falta de prejuicios, como por las masas concentradas del gran capital financiero. El fenómeno fué general en todo el país y, mientras se operaba, la burocracia y las profesiones liberales continuaron siendo el cómodo y agradable refugio de los desplazados ya acostumbrados a vivir en esa especie de hedonismo económico, expresión de un aletargado espíritu nacional. El argentino a todo esto miraba indiferente cómo se enajenaba la explotación y dirección de la riqueza del país.

El fuerte zamarrazo de la guerra lo ha despertado. A la fuerza ha sido colocado en situación de conocerse a sí mismo y de medir su propia capacidad. Los primeros sorprendidos han sido esos hombres jóvenes que habían terminado por creer que no había otra cosa mejor ni otra posibilidad para ellos que el tradicional puesto o la carrera liberal. El hecho de abrirse nuevos horizontes a las juventudes y la escasa retribución y cada vez menor estabilidad que empiezan a ofrecer los empleos de gobierno, pueden ser causa de la más importante transformación económico-social que cabe imaginar entre nosotros. Era necesario un empellón poderoso como el de las consecuencias de la guerra en el ánimo colectivo, como por razón de las derivaciones políticas internas, para crear nuevas y vigorosas aspiraciones individuales y nacionales; y es posible que hasta hayan servido para ayudar a extirpar ese enfermizo complejo de inferioridad que sufría el país.

No es tan grave pues que las cosas suban por causa de la inflación y que haya exceso de negocios y de dinero si ello acucia e incita a un pueblo joven a buscar otras formas de vida. El argentino ya se ha visto que es respondedor y la necesidad junto con nuevas perspectivas lo arrojarán a conquistar su tierra. Mucho más inteligente que constreñir y poner trabas a esa desordenada pero magnífica posibilidad que hoy tenemos, sería hacer precisamente lo contrario de lo que ahora hace el gobierno. Toda transformación política o económica de trascendencia siempre se ha hecho en la historia al precio de algún sector de la sociedad. Las grandes conquistas, la tradición y el prestigio de las naciones descansan sobre la sangre de sus mejores juventudes sacrificadas en aras de determinadas ideologías. Por lo tanto, bien poco tiene que dudar el gobernante que puede lograr un cambio fundamental en el espíritu de un pueblo si ello se hace a expensas de un sacrificio más que relativo y sólo transitorio de ciertos grupos sociales que a la postre saldrán beneficiados. El estadista debe actuar con la mirada puesta en la nación, y ésta, en su conjunto armónico, es la que debe absorber todas sus preocupaciones. No es aconsejable, en consecuencia, gobernar solamente para algunas clases o sectores, pues ello engendra siempre la anarquía. Aparte de que eso no es gobernar.

Ese empuje anímico que se nota en el país, a fin de cuentas no es otra cosa que la exteriorización de un estado de salud. El optimismo y la euforia casi siempre marchan juntos. A un cuerpo que ha recibido un impulso y recorre una trayectoria en el espacio no hay que frenarlo, pues tan pronto ello sucede pierde velocidad y cae. Resulta en consecuencia lamentable no sólo que no se aprovechen sino que se perturben esos nuevos complejos de energía nacionales provocados por las necesidades y por la excitación de horizontes antes des-

conocidos para la gran masa de la inteligente juventud argentina.

Las contradicciones entre los distintos organismos del Estado crean desconcierto cuando no verdadera inquietud. Por un lado los planes que deja entrever la nueva estructura del Banco Central evidencian la preocupación de apoyar la evolución industrial del país, especialmente en la pequeña y mediana empresa, base y puntal de la futura industria pesada, todo lo cual conduciría a un verdadero y auténtico poderío nacional. La mano de obra especializada y el sentido de organización se forman por lo general de abajo hacia arriba. Las distintas medidas generales y en particular la política monetaria recientemente anunciada por el Banco Central, serían expresivas manifestaciones de que se desea acompañar y fomentar al máximo esa predisposición psicológica que actualmente está mostrando la nación: cambiar sus tradicionales formas de vida sociales y económicas por otras, orientando a la población hacia actividades más dinámicas en busca de nuevas fuentes de ingresos. El viejo principio de los doctrinarios de la escuela económica nacional: la riqueza del país puesta al servicio de su política, movilizada por una clara y vigorosa voluntad de poder, tendría así principio de ejecución. La Argentina se movería al ritmo de un nuevo complejo anímico de inmensa influencia en el desarrollo de su destino político e histórico.

Estamos pues completamente de acuerdo en que se acompañe al país en esa transformación. Por eso no se concibe ni se entiende la desarmonía existente entre esa política y ciertos aspectos de la conducción económica y financiera de otros departamentos de Estado que en los últimos años, y actualmente, no hacen más que acumular errores, exhibiendo una política contradictoria y demostrativa de que hay varias tendencias en pugna y la falta de una visión de conjunto por parte del jefe del Poder Ejecutivo. De todo esto resulta un grave perjuicio contra ese ímpetu nacional que se ha señalado y contra la política de fomento del Banco Central que es el único organismo que hoy muestra una clara intención de interpretar y suscitar tales energías sociales.

¿A qué se debe que no se apoye y se coordine toda la conducción económica bajo una sola dirección en la línea de la concepción que movió a crear la nueva estructura bancaria? Las campañas espectaculares de sesenta días, las hipotecas económicas de Chapultepec, el control de precios, los impuestos aplicados sin criterio bajo la presión de necesidades financieras y en menoscabo de la economía nacional, demuestran que en la Casa Rosada se busca la satisfacción de compromisos administrativos y políticos circunstanciales o inmediatos. La imaginación creadora, esa fantasía constructiva que mira a lo lejos, exhibe su ausencia en el Poder Ejecutivo, al punto de que el sistema del Banco Central resalte cada vez más en el inmenso contraste que ofrece la dinámica y bulliciosa chatura del Gobierno.

Habría que buscar las causas de esa política contradictoria; o tal vez mejor sería explicarla en la inexistencia de una política, dándole a esta palabra su auténtico y sustancial significado. El oportunismo y la natural tendencia a someter la economía y hasta la misma conducción de los negocios externos e internos a aparentes preocupaciones de orden social, empiezan a mostrar en forma cada vez más clara que en realidad no hay en el gobierno una concepción política de envergadura nacional. El planteo extraordinariamente eficaz en que se apoyó Perón para lograr la presidencia de la República el 24 de febrero, consistente en las consignas de justicia social y de soberanía, hacen pensar, a la luz de acontecimientos recientes, que tales consignas sólo fueron magníficos recursos electorales. Por lo menos todo lo que encerraba el *slogan* "Braden o Perón" ya ha sido tirado por la borda. Y si uno de los elementos utilizados para llegar al poder ha sido abandonado en forma tan categórica como desaprensiva, cabe presumir que el otro, el de la justicia social, puede seguir la misma suerte tan pronto deje de ser útil o políticamente aprovechable. Pero en esta cuestión de si la justicia social ha sido usada también como simple instrumento de una política de circunstancias, dejemos que el tiempo se pronuncie; y lo ha de hacer sin mucha tardanza.

ALBERTO V. TEDÍN.

M I R I L L A

La industria del comentario tiene gran porvenir, pues la materia prima a su disposición es prácticamente inagotable.

Todos los días pesadas cargas de noticias —recién nacidas o recién hechas— se ofrecen a nuestra interpretación compuestas y descompuestas en veinte diarios, ocultadas o magnificadas por los títulos, predigeridas por corresponsales intencionados y jerarquizadas por las direcciones de los periódicos, especie de dictadores de opinión que las destacan u ocultan, de acuerdo con su propia tendencia. Quién sabe si la historia no habrá de componerse en definitiva con las pobres noticias inicialmente dejadas de lado, allá por un rincón del diario, publicadas en letra chica entre dos avisos de jarabe contra la tos y de crema de afeitar.

Pero, contemporáneos de nosotros mismos y sin matrícula de profetas, debemos atenernos a las noticias resonantes, atisbadas por la mirilla de los diarios, que dos agencias informativas filtran por el cuentagotas del cable.

Ya no está de primera plana la conferencia llamada de la paz. Como anotábamos hace poco el escenario de París sigue resultando estrecho. Los nuevos conductores hablan desde Sttutgart y producen ecos en Zurich y en Nueva York. Byrnes, Churchill y Wallace han tenido estos días la palabra, separados por cientos o miles de kilómetros. Mientras los dos primeros cantan en dúo una romanza a la paz llena de alusiones y sobreentendidos contra Rusia, Wallace en trance de *enfant terrible* desafina en el conjunto angloyanki y se corta solo con el fácil y, en su caso, avieso recurso de decir las cosas por su nombre. El espectáculo merece ser examinado porque cifra la tensión del momento y en forma todavía velada deja ver los términos en que se está planteando el desarreglo del mundo.

Constituída la reunión de los vencedores en París, se vió claro que alrededor de la mesa había sólo dos que median sus fuerzas. En minoría de votos, Rusia apeló al recurso dialéctico de exigir los dos tercios para la adopción de las recomendaciones, pero reservando el arma del veto si la mayoría resolviera otra cosa. Largas peleas, recriminaciones mutuas, que Damaskinos hizo fraude en Grecia, que Tito es un títere, que los yankis arman a los alemanes, que los rusos comunizan a los prusianos, que Estados Unidos tiene diez mil bombarderos fuera de casa, que Rusia ordena a Yugoslavia que ametralle aviones yankis, etc. Mientras la creciente desilusión de París crece y Molotov vuela de improviso a Moscú, Byrnes juega su discurso. Para darle más patetismo y significado habla a los alemanes en su propia casa y les dice, aunque tal vez un poco tarde, palabras que estos entienden bien: hay que salvar a Europa. ¿De qué? El no lo dice pero ellos lo entienden bien. Y también los rusos, la antigua antieuropa, que sin fronteras ya con Asia y recobrada del reciente esfuerzo, se apresta, gran oso blanco desencadenado, a cumplir su sueño milenario de extenderse sobre la quebrantada *península* europea.

El episodio de Wallace, agrandado por la impericia del presidente que padecen los norteamericanos, quien lo aprobó públicamente y lo desfenestró privadamente, tuvo significación en los escasos días que duró en el gabinete de Truman después de su incomprensivo discurso de Nueva York. Ahora sólo puede ser considerado como una tentativa de precandidatura en vísperas casi de la sucesión presidencial, talvez para ganarle la iniciativa a Mac Arthur que cuida la marca extremo-oriental del Occidente. Alejado del gobierno, su alegato de ideólogo contra los "imperialismos", su calificativo de "locura criminal" a la tentativa anglosajona de detener a Rusia, su denuncia al armamentismo yanki, su propósito de luchar para obtener un cambio en la "política dura frente a los Soviets", precisamente en el momento en que el Imperio amarillo se cierne sobre los de su propia raza, podrá contar sólo con el apoyo de los Sumner Welles que todavía subsisten (1).

Churchill, en las antípodas del pequeño Wallace, habló ocho días después, desde Zurich, sin representación oficial y por eso clara y valientemente, sobre su viejo tema: la unidad europea. "Si Europa se uniera algún día, dijo, para compartir su común herencia, no habría límites a la felicidad, la prosperidad y la gloria que sus trescientos o cuatrocientos millones de habitantes podrían gozar". A su oratoria caudalosa no hay que pedirle demasiada precisión ni hacerle muchas preguntas pues se le vería la pobre armazón en que reposa su concepción de la historia de Europa, hijo como es de un país que sus antepasados separaron de la Cristiandad. Sobrepasemos, por eso, sus cortas ideas acerca del origen de los males de Europa que él atribuye, con trescientos cincuenta años de atraso, a las "terribles concepciones nacionalistas" claro está que alemanas, que surgieron en el siglo XX.

"Entre los vencedores, agrega, hay una Babel de voces; entre los vencidos un triste silencio lleno de desesperación: esto es lo único que han conseguido los europeos agrupados en tantos estados y naciones antiguos". Para prevenir el peligro de la esclavización de Eu-

(1) En contra de este parecer leemos en "La Razón" del 22 (siempre en la segunda página) que, no bien retirado del ministerio, ha sido requerida la colaboración de Wallace en entidades de tanta gravitación y simbolismo como el Instituto Nacional para el Servicio de Pañales. Dejamos a la interpretación del lector el motivo o la intención de este ofrecimiento, así como la vinculación entre la última actitud del superatómico ex secretario y el oficio de Jefe de la "gigantesca industria del pañal".

Para que no se crea que deliramos y en prueba de que la realidad yanki supera cualquier fantasía latina, transcribimos el telegrama en que la United Press da cuenta del episodio de los pañales:

NUEVA YORK. 22. (U. P) — El Instituto Nacional para el Servicio de Pañales, organización de la industria del ramo en todo el país anuncia que solicitará el concurso del exsecretario de Comercio, Henry Wallace. Dice el instituto que está dispuesto a fijar a Wallace un sueldo de 40.000 dólares anuales para que cumpla las funciones de "jefe de la gigantesca industria norteamericana del pañal", a fin de que ayude a remediar la grave escasez de pañales que se experimenta. Henry Wallace renunció a su cargo ministerial el viernes pasado.





ropa que, buen inglés, supone que se hubiera producido con el triunfo de Alemania y que, europeo al fin, predice, pensando en Rusia, "*que todavía puede retornar*", postula la unión de las naciones en un sistema federal de Estados Unidos de Europa, cuyo "primer paso debe ser una aproximación entre Francia y Alemania, pues no puede existir un resurgimiento de Europa sin una Francia y Alemania espiritualmente grandes". Admirable conclusión del estadista guerrero que hace siete años propuso la ciudadanía común de franceses e ingleses ante el peligro de que Alemania le invadiera su isla. Pero sigamos porque ahora dice la verdad por encima de sus convicciones pasadas... y talvez presentes.

Formula, luego una advertencia. "Acaso nos falte tiempo. La lucha ha terminado pero no han cesado los peligros. Debemos comenzar ahora, en que todavía vivimos, extraña y *precariamente* bajo el escudo y, hasta podría decir, la protección de la bomba atómica, en poder aún de una nación que sabemos no la utilizará sino en la causa del bien y de la libertad. Pero podría ser que dentro de pocos años este terrible medio de destrucción sea de dominio común (léase de Rusia) y la catástrofe emergente de su uso no sólo provocará el fin de lo que hoy llamamos civilización sino que quizá suscite la desintegración del mismo planeta". Concluye diciendo: "Dejad que Europa renazca".

Bien por la advertencia y por el llamado final. Pero si Europa renace, ¿habrá tiempo de sacar la consecuencia de su tremenda advertencia? Porque por estas tierras sabemos que el que pega primero pega dos veces.

Clemente Espejo.

POLITICA Y CULTURA

La exposición abreviada que presentamos al lector intenta esclarecer su intelección acerca de las relaciones existentes entre Política y Cultura, y su aplicabilidad a la realidad nacional. Por el mismo propósito que la anima, no pretende en modo alguno abarcar la totalidad que sugiere tema tan vasto, sino por el contrario propiciar un franco acceso a su reflexión.

Cuando enfocamos el problema de nuestra cultura nos situamos invariablemente frente a su crisis, y de inmediato nos remitimos a las causas que "prima facie" nos parecen decisivas, como ser la deficiencia de nuestra enseñanza, su naturaleza liberal, su anacronismo, las reformas sucesivas de los planes a que debe ajustarse, su tipicidad agnóstica, y muchas otras que, a pesar de ser reales, no dan con la solución verdadera del asunto, y que como surgirá demostrado, no constituyen sino sus consecuencias y manifestaciones. Así, no se razona de ordinario, que la naturaleza liberal de nuestra cultura se debe al estado liberal que la engendró y la substancia. Que las variaciones múltiples de que se ha hecho objeto a los planes de enseñanza se deben a la inconducta e irresponsabilidad de aquél, según lo determinan sus sucesivas mutaciones. Que el carácter anacrónico obedece precisamente a la ausencia de control que el estado debiera tener de los movimientos de cultura universales, para luego inspirarlos en el pueblo en virtud de instituciones adecuadas a su realidad. Que el agnosticismo que denota fundamentalmente nuestra educación obedece al lastre que las generaciones pasadas impregnaron a sus sucesores por el error de sus concepciones políticas, su desapego de la realidad, su deficiente información filosófica —acatada en el mismo momento en que en Europa eran combatidas, desechadas, y superadas— lo que hizo de aquéllos los hombres sin alma de hoy. Síguese de esto que la organización política del estado, incide directamente en la cultura de los hombres que lo componen. Más aún, que la modalidad política de su gobierno determina el carácter de su cultura. Y, en consecuencia, con mayor razón podemos sostener que un pueblo dotado de soberania poseerá su propia cultura, mientras que un estado colonial estará sujeto a los dictados que el poder dominante indique. Nos proponemos entonces, brindar al lector pruebas que evidencien nuestra tesis, valiéndonos de la historia de las grandes manifestaciones culturales, en las que se podrá apreciar que las etapas brillantes de la cultura de los pueblos acontecieron luego de su esplendor político, y por el contrario jamás le precedieron.

El primer ejemplo que nos ocurre es el de Grecia. ¿Cómo verificó el estado griego la trascendencia de su gran cultura? Recién cuando el estado-ciudad o polis logró su configuración y asentamiento; luego de su empresa de conquista marítima que aseguró su expansión sobre todo el Mediterráneo; después de obtenida la victoria en la lucha emprendida contra los persas. En torno a aquellas circunstancias floreció la democracia ateniense. Atenas poseía un sentido esclarecido de la política; poseía capacidad y voluntad políticas. Produjo constantemente grandes estadistas a quienes elevó a la dirección del pueblo. Fruto de ello fueron Solón, Clístines, Pericles. En tanto este último peroraba a los atenienses "Hemos hecho lo que hasta ahora no había llevado a cabo ningún otro pueblo. Somos la escuela de todo el mundo griego en tanto hemos creado derechos iguales para todos" (Oración fúnebre) —lo que daba cuenta de su plenitud política— comenzaba el desarrollo de su cultura, su filosofía, su tragedia, su escultura, su poética. El esplendor político de este pueblo singular nos legó el saber que merece nuestra profunda admiración. Empero cuando el poder político comenzó a relajarse, en cuanto Grecia comenzó a arrastrarse en guerras infecundas hasta su incorporación a Macedonia, inicióse poco tiempo después la declinación de su cultura para ir extinguiéndose paulatinamente y no reaparecer ya más.

Proceso similar nos es dable observar durante la Edad Media, en la que luego de extinguidas las luchas contra los bárbaros, se estabiliza el poder político de los estados particulares, y en las condiciones favorables que aquél le propicia, florece una cultura humanista y religiosa que reúne en sí los elementos más apreciables y una pureza inigualada hasta nuestros días. De igual modo acontece en la época del Renacimiento. El afianzamiento del estado-ciudad o pequeña república —es decir, la regresión a la polis griega, pero con caracteres que le son propios— trae aparejada la afirmación política. Las bases económicas que comienzan a desarrollarse con las Cruzadas, configura con la hábil organización politica de las ciudades italianas un campo propicio dentro del cuál se va a desenvolver el magnífico "renacimiento" de las artes y letras. Pero cuando su poder político declina, también la cultura comienza su decadencia. Y, para cerrar nuestra demostración, citaremos el Siglo de Oro español, el que alcanza su mejor manifestación cuando la unidad política y religiosa de la península se halla consumada. Es el momento de las grandes conquistas ultramarinas. El momento en que la vida política española, por la concurrencia de innúmeros factores, se ve robustecida y segura de su destino. Más la desintegración de ese poder político arrastra a la cultura a su declinación (1).

Creemos que lo expuesto persuadirá al lector de la verdad de nuestra tesis. El problema de nuestra cultura depende de nuestro problema político, como lo accesorio de lo principal. Mientras el país continúe con su soberanía nominal, no le asistirá el control de sus instituciones, y por el contrario, la imperfección de estas últimas reflejará la ambigüedad de la primera, y denotará su inadaptación a la realidad nacional. De tal consiguiente, el único camino para allanar el problema de nuestra cultura es el de la solución de nuestro problema político, que de suyo conducirá a la solución del resto de las dificultades irresolutas en función de lo expuesto, que obstan al engrandecimiento nacional.

Arnaldo Musich.

---

(1) Merece destacarse que España constituye un caso especialísimo de pervivencia de su cultura respecto de su decadencia política. En efecto, mientras la hegemonía política transcurre por espacio de un siglo, la grandeza de su cultura le sobrevive un siglo más. Esto hace exclamar a Vossler, la existencia de "una relación rara y peculiarísima; un ritmo auténticamente español".

CHURCHILL

Promisoria señal es que vuelvan los hombres a buscar un principio unificador capaz de restaurar en el mundo la deshecha ecumenicidad. En ese sentido no deja de ser digno de alabanza el discurso de Churchill. En ese sentido, nada más.

El otrora primer ministro de Su Graciosa Majestad, no obstante su airecito chestertoniano, su simpática apariencia de hijo de la vieja *alegre Inglaterra*, es un predicador. Aunque no use el cuello dado vuelta en lugar de corbata, predica dondequiera que va, y en ocasiones se toma a sí mismo tan en serio que practica lo que predica. Claro que, como buen *tory*— izquierdista la retranca, en fin de cuentas— conserva la ilusión de que practica una *política de hechos*. Y en realidad está atado a los estúpidos esquemas ideológicos, que le hacen destruir a Europa para ir luego a pedirle, ingenua y urgentemente, que se una *contra Rusia*.

Es triste que ahora postule la unión de Francia y Alemania —¿no sería más fácil comenzar por Bélgica y Holanda?— quien se negó a hablar de paz, de una paz que no favorecía a determinado beligerante, sino a Europa y a la humanidad, cuando la pedía el Papa, cuando la pedía Franco, cuando el propio Hitler victorioso la pedía, todos ellos con la percepción lúcida de que el mortal enemigo de nuestra civilización, que es la civilización a secas, era la bestia bermeja de las estepas.

¡Quién pudiera, a fuerza de discursos añadir un codo a su estatura! Al pobre Churchill le llegan las ideas cuando ya no puede traducirlas en el plano de la acción política. Por eso, si Marlborough representa la traición a Jacobo II, la traición a los irlandeses en Limerick y la traición a los escoceses en Glencoe, su dinámino descendiente —¡oh, los hombres prácticos!— representa la traición a la Cristiandad.

Simón de Beauregard.

DIARIO DE UN BUZO

El buzo se encuentra con la noche. La noche es una vieja enamorada que atiende al forastero y renovado amor. Y cuando lo ve venir que llega, ella, la noche, atrae hacia su rostro la tela del cantar de los cantares que le ciñe el regazo y se emboza: quedan los ojos foscos, lánguidos de luna.

De pronto, entre la noche y el peregrino que la ronda, el silencio se incorpora con neumático gesto de arlequín. El silencio se siente latir en cada cosa, en cada onda. Es demasiada espesa la espesura. Hay nidos, nichos, telarañas y nubes; el sopor de la tierra que ha sudado su jornada sube al cielo. Todo es como una gran pueblada de ánimas donde se conjuran extrañas energías, densas y remotas pesadumbres.

Pues el amor de la noche es una cósmica aventura. Cuando la luz se hizo ella nació de las tinieblas. Y por el amor quiere rescatar su tenebroso origen. Y librarse de su condena panteísta, de esto de vivir amarrada al todo, de no poder existir distinta y libre. La noche suspira por ser enamorada de alguien que, como un antiguo, le ponga alma y la haga diosa.

Ya el buzo peregrino presiente que la noche es un disfraz de las horas, un mal metafísico del tiempo. Ahora el buzo se aleja en la oscuridad. Ya imagina que sus pies son de barro y que sus pisadas hacen ruido de pala, el ruido de una pala de sepulturero. Imagina también que cierta bruja le muestra su atracción nocturna: una piel deliciosa de Blancanieve y unas fabulosas pezuñas de calaña infernal.

MARTES.—Nos enteramos de los fundamentos —expuestos en la Cámara de Diputados— del juicio político a la Corte: la democracia, se dijo, se radica en el Parlamento y la oligarquía se mantiene por el Poder Judicial. Pues bien, esto es profundamente veraz, verdadero. Y esto quiere decir que gracias al 4 de Junio la democracia llega a su cénit. Y que ha muerto el régimen liberal establecido en nuestra Constitución.

Por supuesto, a no alegrarse demasiado. Siempre será parricidio que el hijo aunque sea adulterino mate al padre. Aparte de que en política para triunfar al fin, bueno es seguir la pista de las causas perdidas.

JUEVES.—*La meditación del buzo*: El desastre sobre el que se instala la Organización Nacional era muy poco aparente, muy sin exterioridad, muy en línea invisible de causas y de consecuencias, exageradament sutil, alígero como todo escape de energía. (El desastre adelantaba ya sobre el descuento del porvenir).

La división de unitarios y federales era más profunda y espontánea que una divergencia política. En todo caso, no se produjo por motivos de índole política sino que esa división condensaba una realidad preexistente. Precisamente la política —nuestra notoria deficiencia política— no supo asimilar esa división con la que, por decirlo así, se componía la integridad del país. La política hubiera debido respetarla para cuidar esa integridad. No era cosa de aniquilarla por unir el país. La unión del país no podría lograrse orillando los términos de la división real y menos aún tratando de eliminarlos. En tales condiciones una unión a costa del país *íntegro*, una unión obtenida en detrimento de la *integridad nacional* hubiera sido —y así fué— sacrificar formas virtuales vivas a formas nominales muertas. Para mantener el país entero —plan número uno de toda empresa política— había que consolidar no la división como tal, como tendencia separatista, mas sí los términos o sea las entidades fijas, polares, que la soportaban o sobre las que descansaba. El programa de unión que no los considerara como miembros de un solo ser vivo, órganos de un mismo algo biológico, produciría la amputación e insensiblemente el aniquilamiento. Era preferible el país íntegro aunque dividido al país unido y desintegrado. Si hubiésemos puesto acierto en la política es claro que nuestras luchas de disgregación no hubiesen ocurrido, ni hubiésemos concentrado el *sí* y el *no* en bandos hostiles. La única política lista, la única conducción digna de tal nombre entonces, hubiera sido la que se sostuviera por una coparticipación en lo federal y en lo unitario: en el sentimiento *recóndito*, tenaz, casi instinto, de patria y en el otro no menos indispensable sentimiento histórico, de época —ojos para mirar futuros.

Cuando la tradición y la historia —la tradición es la historia vista de lejos cuando ya pasó, en cierto modo la historia en senectud y localizada— se oponen, el don tuitivo de la comunidad, guía de sus vínculos, corre grave riesgo de diluírse.

En la historia hay un margen de desenlaces no impuestos y por este libre albedrío expectante opera la política. Esa libertad de acaecimiento especifica la condición del acto político neto; libertad de lo que puede acontecer o no, de lo que no es forzoso que ocurra en un sentido dado, de lo que puede decidir entre lo que ha de ser y lo que pudo ser. La política allí, desde esa zona aparentemente restringida, decide —le basta un gesto leve— sobre el destino, inclina la posibilidad de vastas contingencias aún en la penumbra, así como para desplazar moles enteras basta la presión de los dedos sobre una palanca.

SANSOYO.

ESPAÑA FORMA SUS DIRIGENTES

La España de Franco, consciente de la gravedad de los males de la sociedad actual, prepara con ritmo febril su futura clase dirigente que en todos los sectores de la actividad española ponga orden y concierto. Y como el mal profundo del hombre moderno radica en su carencia de sentido sobrenatural de la vida, orienta España a la flor de su juventud a la práctica de los Ejercicios Espirituales.

Más de 10.000 universitarios españoles han hecho Ejercicios Espirituales desde 1939. Unas 289 tandas o grupos han llevado la luz del Señor a estos centenares de muchachos que en un futuro próximo tendrán la suprema responsabilidad de dirigir la sociedad de España.

Por el número de ejercitantes, se han distinguido las Universidades de Barcelona, Madrid, Zaragoza, Murcia y Santiago. Es imposible citar los diversos números de tandas según las Facultades, Escuelas y Academias. Algunas de éstos hubo que acudieron en masa, y hasta con sus profesores. Así, el Centro de Estudios Universitarios.

Es emocionante ver en Madrid las "colas" de universitarios intentando inscribirse en las tandas de Ejercicios internos durante la Cuaresma. Y es extraño, para conceptos y visiones pasadas, asistir en los claustros universitarios a una desenfadada propaganda de Ejercicios, como si se tratase de organizar un baile o un partido de fútbol. Fueron tales las exigencias en ciertas ocasiones que se hubo de recurrir a improvisar casas de Ejercicio que, en deficientes condiciones materiales, pero albergando un ambiente entusiasta, recibieron a los universitarios.

Además de las tandas internas, en Madrid se dan todos los años tandas abiertas. Y con tanto éxito que este año y el pasado ha habido que organizar cuatro simultáneas. Algunas instituciones académicas recabaron para sí tener una tanda exclusiva.

Antes de la guerra la gran Obra de Cataluña, organizada al servicio de las parroquias catalanas, contribuyó a una mayor difusión de los Ejercicios. Y con ella, el esfuerzo diseminado de las Casas de Ejercicios de los Padres Jesuitas en Madrid, Loyola, Valencia, Salamanca, etc.; la fundación de las Religiosas de Cristo Rey, con el fin de dirigir Casas de Ejercicios, y la labor de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (primera entidad religiosa que inició la fecunda práctica de los Ejercicios) y de las Congregaciones Marianas, completan el cuadro de los organismos que se servían de esta poderosa arma de recristianización y mejora en la sociedad española.

Mas pasó la guerra, y el fervor reconstructor de España dió lugar, de una parte, a la aparición de entidades directamente dedicadas a la organización y propaganda de Ejercicios, y surgen los Secretariados Diocesanos de Ejercicios, dependientes de los señores Prelados de algunas diócesis, como los de Madrid-Alcalá, Pamplona, Málaga, etc., enraizados con la Acción Católica y las Congregaciones Marianas.

Simultáneamente, y como complemento necesario, van fundándose nuevas Casas para Ejercicios, unas diocesanas, otras de Ordenes religiosas. Entre estas últimas encontramos las Casas de Carabanchel Alto y Chamartín de la Rosa, en Madrid; las de Aranjuez, Almería, Burlada, Chipiona, Castellón, Lugo, Durango, La Guardia, Bilbao, Vitoria, Puerto de Santa María, Pedreña, Valencia, Manresa, Loyola, Zaragoza, Málaga, Sevilla, Murcia, Salamanca, Covadonga, Carrión de los Condes, Sarriá, etc.

Algunas de ellas son regidas por religiosas, fundadas con el fin exclusivo o casi exclusivo de atender a este importantísimo apostolado. Así, las Religiosas de Cristo Rey, Religiosas de la Cruzada Pontificia, Religiosas Xaverianas...

En cuanto al punto delicado de la dispensa de asistencias a clase del universitario durante los Ejercicios se resuelve por vía oficial, demandando, en nombre del excelentísimo señor Obispo, la oportuna dispensa. El otro obstáculo lo juvenil, el económico, también se va salvando gracias a donativos particulares, subvenciones oficiales y a la colaboración de la Acción Católica, Congregaciones Marianas y organizaciones escolares.

Además de las universitarias, desde 1939 se han dado un total de 1.613 tandas de Ejercicios Espirituales para hombres, con un número de 51.410 ejercitantes.

B A L C O N

REVISTA SEMANAL

Dirección y Administración:
Sarmiento 930, 6º piso B.

Suscripción anual $ 15.- | Trimestral $ 5.-
Semestral $ 8.- | Número suelto $ 0,30

CORREO ARGENTINO Central
FRANQUEO PAGADO
TARIFA REDUCIDA

